

campiñas. Al Sur, la comarca se divide en tres zonas paralelas: primero una playa donde alternan médanos y pantanos, luego una serie de llanuras con árboles y ríos, y por último, la



Reverso de un ladrillo caldeo con la relación del llamado Diluvio Universal.

montaña. La región arenosa puede cultivarse y sus poblaciones, Gaza, Joppe y Ashdod, están rodeadas de bosquecillos y árboles frutales. La llanura produce cosechas considerables, sin abono y casi sin trabajo. Las montañas se van pelando según avanzan hacia el Sur.

Los pueblos que poseían esta vasta extensión de territorio en tiempos del antiguo imperio, habían desaparecido ya cuando los pesados batallones egipcios salvaron por primera vez el istmo y el desierto. Sorprendidos por la gran invasión cananea, habían sido destruidos todos ellos ó absorbidos por los conquistadores. Apenas habían conservado su independencia algunas tribus. El pueblo de los Anakim, altos y robustos, vivía disperso en las masas montañosas, próximas al Mar Muerto, y uno de sus jefes había fundado la ciudad mítica de Kiriath Asba, que más adelante se llamó Hebron. En las lindes del desierto, vivían los Horim en el Monte Leir, y los Awim en la llanura del SE. de Gaza. Otras tribus, que intentaron resistirse, acabaron por sucumbir, y su nombre se extinguió, su recuerdo se borró ó se desnaturalizó entre fábulas. Muchos figuraron como naciones de gigantes: (Refaim), de voz zumbante é indistinta (Zomzommim), ó como monstruos formidables (Emim). Toda la Siria se dividió entre tres razas principales: los Khati al Norte; los Cananeos á lo largo de la costa, en el centro y Mediodía de la comarca; y los Tevachitas

al Mediodía y al Oriente del Mar Muerto, en los confines del desierto de Arabia.

Los khati parecen pertenecer á las razas que han poblado el Cáucaso. Vivían al principio en la meseta de Capadocia y luego desembocaron por los desfiladeros del Tauros, en la Siria del Norte y en Cilicia. Algunas de sus tribus ariarizadas por los hyksos ó Pastores se esparcieron por la cuenca media del Jordán y en la costa del Mar Muerto, y luego se concentraron alrededor de Hebron. El grueso de la nación ocupó el país de los dos ríos, Naharanna, entre el Balikh y el Orontes, las vertientes del Amanos y una parte de la llanura cilicia. Gracias á su posición intermedia entre los dos Estados principales del mundo antiguo, ó sea Caldea y Egipto, el dominio de los khati no tardó en ser uno de los mercados orientales más ricos. Las caravanas subían el valle del Nazana y el Orontes para alcanzar la parte media del Eufrates y dirigirse á Babilonia. Los khati habían construido fortalezas en todos los vados que conducen de la orilla siria á la orilla mesopotámica. Gargamish era la estación preferida y el almacén de las caravanas, figurando como una de las ciudades soberanas, sino la capital de un imperio que llegaba desde las fuentes del Orontes hasta el centro del Asia Menor. Los monumentos que los khatis nos han dejado son poco numerosos y están mal clasificados. Su religión era semejante á la de los pueblos cananeos. Cada ciudad tenía su dios llamado Sutkhon y su diosa, con el nombre genérico de Astarté. Las ciudades estaban gobernadas feudalmente por príncipes que de-



Estatua fenicia de alabastro.



Figura votiva de bronce. (Fenicia.)

pendían del Gran jefe de Khati. A algunas leguas de Gargamish se elevaban Patina y Khalup. Esta, situada menos favorablemente que Gargamish, era sin embargo, considerable y renombrada hasta en Egipto por los productos de sus campos.

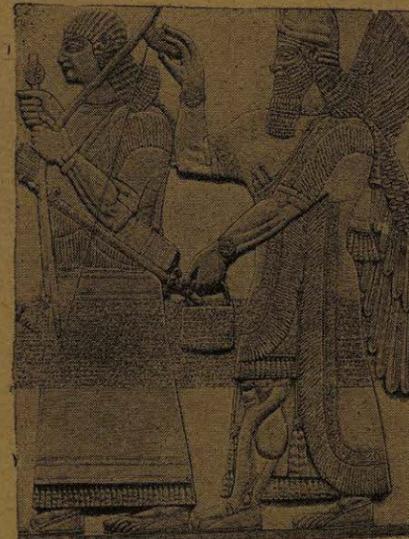
Poco después de invadir este país los cananeos se habían dispersado. Unos fueron á los valles del interior y á las llanuras al Sur del Carmelo. Otros se habían acercado á lo largo de la costa, entre el Líbano, los macizos de la Palestina y el mar. La diferencia de sitios produjo entre ambas ramas una diferencia de costumbres y caracteres. Los cananeos del interior, agricultores y pastores, según las localidades, se subdividieron en muchas tribus, siempre en guerra unas con otras. Los cananeos de la costa, ahogados entre el Líbano y el Mediterráneo, se hicieron marinos y comerciantes. La antigüedad clásica los llamó fenicios, ya por descender de Fénix, hijo de Agenor, ya por significar Phœnikes, pueblo rojo, en recuerdo de su estancia junto al Mar Rojo, ó por sus fábricas de púrpura, ó por alusión al color de su rostro. La opinión más extendida recientemente ve en Fénix el nombre de la

palmera y en Pœnikia el país de las Palmas, siendo Phoenix una forma ampliada de Puanit, nombre nacional de los cananeos en su patria primitiva, y que los siguió en sus emigraciones. Los cananeos del Golfo Pérsico llevaron el nombre de fenicios á Siria, los fenicios de Siria lo transportaron á Africa, y los fenicios de Africa lo exportaron á todas sus colonias.

La Fenicia nunca fué un país, sino una serie de puertos con arrabales muy limitados. El Líbano, que defendía á Fenicia, siempre estuvo

lleno de bandoleros. Las ciudades fenicias, separadas entre sí por intervalos de diez á doce leguas, no podían comunicarse con seguridad más que por la vía marítima y se com-

binaron pronto en tres grupos independientes con carácter propio cada cual. Al Norte, en el



Genio alado en un bajo relieve de alabastro, que representa una ceremonia de sacrificio, descubierto en Khorsabad. (Museo Británico.)

país llamado Zahi por los egipcios, estaban las ciudades de Arad y Zimyra en poder de una aristocracia turbulenta y bélica, dispuesta á batallar siempre con los vecinos, y á rebelarse contra el dominador extranjero, egipcio, asirio ó persa. Arad estaba en una islla distante unos tres kilómetros, de la tierra. En el estrecho, entre la isla y la costa había un manantial de agua dulce que brotaba del fondo del mar y servía para el abasto en tiempo de guerra. Bajaban los buzos con una campana de plomo, provista en el extremo superior de un largo tubo de cuero, y la aplicaban al orificio del manantial, de modo que el agua se elevaba por el tubo, obedeciendo á las leyes hidrostáticas y llegaba pura á la superficie. Frente á Arad formaban una línea Marath, Karne y Antarados. Los arvaditas habían extendido su dominio por la costa y por el interior. Al Norte, poseían á Gabala y á Paltos; al Sur, habían sometido á la tribu y ciudad de Simyra; al Este, Hamath sobre el Orontes les obedeció durante algún tiempo.

Al pasar de este primer grupo al segundo, parecía que se cambiaba de mundo. Gebel ó Gebán, llamada Byblos por los griegos, se jactaba de ser la ciudad de existencia más antigua, construída por el dios El al principio de las edades, en sitio diferente del que ocupaba.

Emigrando los habitantes á orillas del mar, construyeron al lado del río Adonis, otra ciu-



Un Rey asirio cazando el león.

dad con el mismo nombre. En una colina se erguía un gran templo al cual acudían peregrinos de toda Siria. En Mashnaka, el dios tenía una de sus tumbas, y su santuario más venerado era el de Aphaka. Beruth compartía con Gebel la gloria de la protección del dios El, y era un puerto bien situado, en el extremo de una de las mejores vegas de Fenicia. Ambas ciudades fueron hasta la desaparición del paganismo la residencia de una de las religiones sirias más vigorosas.

A pocas leguas al Sur de Beruth estaba Sidón, que empezó por ser un pueblecillo de pescadores. Riega el Bostren (Nahr el Analy) la llanura cercana, que está llena de jardines, cuya hermosura hizo llamar á la ciudad Sidón *la Florida*. Su territorio, limitado al Norte

los tirios. En las edades más remotas del mundo, cuando los dioses trataban familiarmente con los hombres, Samerum trazó sobre el continente el plano de una ciudad de cañas, frente á la cual, su hermano Hysoos, el primer marino, erigió columnas sagradas, y así empezó Tiro según la tradición. Luego vino Melkarth, el Hércules tirio y los sacerdotes de este dios contaban á Herodoto que el templo y la ciudad fueron edificados á un tiempo dos mil trescien-

tos años antes. Tiro poseía bajo la soberanía de los sidonios, toda la costa, desde las bocas del Nazana al Sur del Carmelo, y los egipcios llamaban Kafit al territorio de Sidón, de Tiro y de sus dependencias lejanas.



Ruinas de Susa, con el llamado Sepulcro de Daniel.

Los cananeos del interior, diseminados desde el Amanos hasta la punta meridional del Mar Muerto, no formaban masa tan compacta como los de la costa. La mayor parte de sus tribus se habían dividido en fracciones que habitaban puntos distintos. Los amorreos en la meseta, al Este del Jordán, poseían los reinos principales: el del Norte, capital Edrei, entre el Hermón y el Jabbok, y el del Sur, capital Khesbbon, entre el Jabbok y el Amón. Una tribu vivía en el valle del Orontes y se apoyaba en Kodesh; otra acampaba junto al mar entre Ekron y Joppe;



Mujeres babilónicas ante el árbol sagrado.

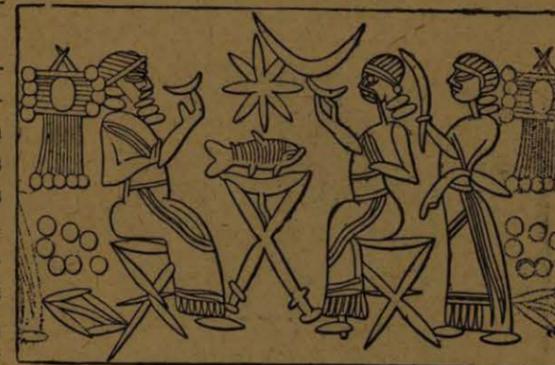
por el Tamur, llegaba al Sur hasta las bocas del Nazana. Más allá empezaba el dominio de

otra, instalada en Jebus, se llamaba de los jebusitas; otras se habían fijado en Sichem y al

Sur de Hebron. Los hivitas vivían en el valle del Alto Jordán y del Nasana. Una parte de los girgaseos estaba al Oriente del Jordán y otra en la Siria del Norte.

Las tribus teraquitas gozaban entonces de poca importancia. Los hijos de Israel tenían que pasar muchos siglos en Egipto antes de volver á la cuna de sus padres. Los ammonitas disputaban á los amorreos la posesión de los distritos situados al Norte del Amón. Los moabitas dominaban al Sur del mismo río: los edomitas, alrededor del monte Seir, confinaban al Norte con los moabitas y se extendían al Sur hacia el Mar Rojo.

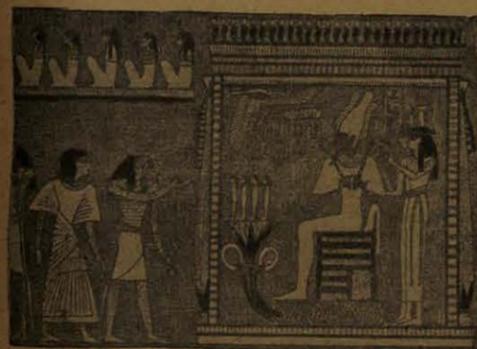
Siempre estaban batallando contra las tribus árabes del desierto, llamadas genéricamente Sashu (ladrones) por los egipcios. Los



Banquete caldeo. (De un antiguo cilindro.)

te. No estaba en el camino seguido por las caravanas, pero prosperaba separada de los ejércitos, defendida por sus montañas contra la turbulencia de sus vecinos.

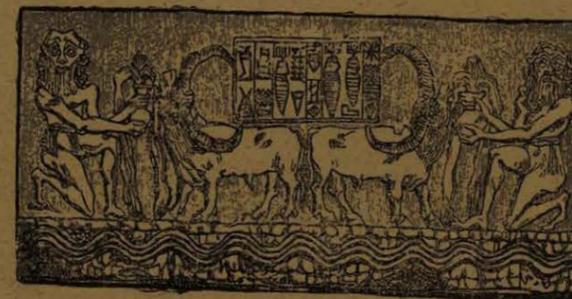
Más allá del Eufrates empezaba, no el imperio caldeo, sino el territorio colocado más ó menos indirectamente bajo la influencia de los amos de Caldea. La conquista elamita no había destruido los reinos que compartían las cuencas inferiores del Eufrates y el Tigris. Los había hecho tributarios de un extranjero, pero les había dejado la existencia. Kuturnakunte, el primero de los soberanos elamitas, gobernaba desde Susa y lo mismo hicieron sus sucesores. Tal vez fuera uno de ellos aquel Kudur Lagamer que invadió á Siria con sus vasallos Amrafel, rey de Sinear, Ariokh, rey de Elarsar, y Thargal, rey de Guntim. Derrotó á los príncipes confederados contra él y les impuso el tributo durante doce años consecutivos. A los trece hubo una re-



El juicio final de los egipcios. (Pintura mural.)

sashu no se cansaban de hostigar á todos los sirios sedentarios.

Colocada Damasco en los confines del desierto, fortificada al Oeste por el Antilibano contra los ataques de los cananeos, ocupa un lugar destinado por la naturaleza al emplazamiento de una gran ciudad. Una leyenda recogida por los hebreos atribuía su fundación á Uz, hijo de Aram. Está en medio de jardines (que la rodean por todas partes y penetran en sus muros) cortada en dos partes desiguales por el Abana, y refrescada por los canales que lanza el río en todas direcciones. El dominio de Damasco pesaba sobre las poblaciones dispersas de la llanura, y sobre los villorrios agazapados en las gargantas del Hermón, sobre Abila, sobre Khelbun y sobre algunos pequeños Estados vecinos, escalonados



Cilindro de Sargon. (Agad.) 330 años antes de J. C.

vuelta general, que sofocó, saqueando las ciudades. La tradición hebrea se apoderó de

ella bastante torpemente en favor de uno de los jefes míticos de la raza judía, al suponer que Abraham asaltó al vencedor en su retirada, y le

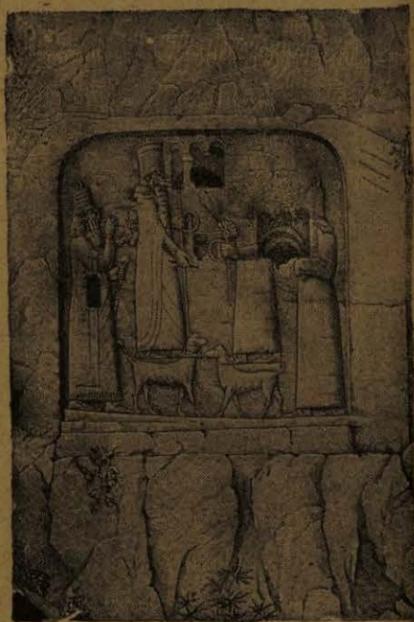


Dios caldeo con cabeza de águila. (Museo Británico.)

derrotó. Otro príncipe de la misma dinastía, llamado Kudur Mabuk dirigió otra expedición á Siria, pero su hijo Eriacu (Rimsim) al cual había confiado la parte caldea de su imperio, no pudo afirmarse contra los príncipes babilonios. Hammurabi, hijo y sucesor de Sinmullabit, le venció y obligó á refugiarse en la orilla Oriental del Tigris, á pesar de su tenaz resistencia. Su derrota acabó con la dominación elamita y con la autonomía de las ciudades del Sur, reuniendo á toda Caldea bajo la hegemonía de Babilonia. Hammurabi, así que se vió vencedor, se dedicó en seguida á trabajos pacíficos, promulgando las leyes antiguas en forma de Código. Abrió nuevos canales, rectificó el curso del Eufrates y el Tigris y restauró los monumentos de sus antecesores. Babilonia agrandada fué la capital de Shumir y Accad. Sus sucesores, Sansuiluna, Abieshu, Ammisatana, Ammizaduga y Samsutana prosiguieron su obra durante siglo y medio, y el año 2099 antes de J. C. fueron substituidos en el trono por otra familia, cuyo primer rey se llamaba Houmailu. Esta reinó obscuramente hasta 1714 y supo mantener al principio la integridad del

imperio. Pero una de las tribus de bandoleros que habitaban en las regiones montañosas al Este del Tigris, llamada de los Kashshu, se había hecho intolerable por sus ataques perpetuos contra las naciones de la llanura. A fuerza de ganar terreno sobre los descendientes de Houmailu, esta tribu logró expulsarlos de toda Caldea. En 1714, su jefe Gandish destruyó al último de los soberanos babilonios, llamado Eagamil, y fundó una dinastía cosea que vegetó durante varios siglos sin gran esplendor. Si poseyéramos los anales completos de aquella época, no encontraríamos en ellos más que revueltas contra la autoridad central, interrumpidas por conflictos sangrientos entre elamitas y arameos, indicaciones de templos fundados ó restaurados y de canales nuevos ó recompuestos.

Al Norte, y en los países ocupados hasta entonces por los Guntin, acababan de surgir una ciudad y un Estado, oscuros hasta entonces: Elasar y el reino de Asur. Elasar estaba en la orilla izquierda del Tigris. En la otra orilla y algo más cerca de las fuentes estaba la fortaleza de Ninive. El país de Asur, gobernado por soberanos pontífices, dependía de Caldea. Sus primeros príncipes conocidos, Khallu, Iri-



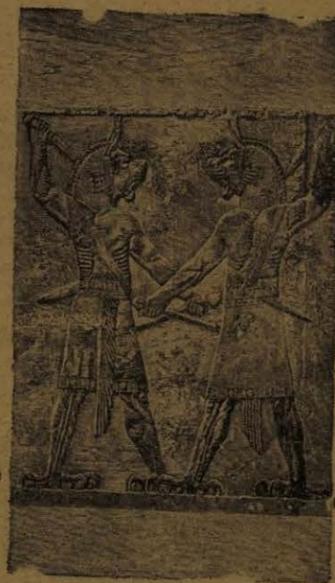
Escultura en una peña en la antigua Caldea.

shum, Ismidagán y su hijo Shamsniadad I, Igurkapapu y su hijo Shamsniadad II no son para nosotros más que nombres. Vivieron entre

los años 2000 y 2600 antes de nuestra Era y eran contemporáneos de los Faraones de la dinastía XVIII. Sus sucesores iban á sentir el peso del poderío tebano.

Curioso sería conocer la impresión que este mundo causó en los primeros egipcios que penetraron en él. Desgraciadamente no ha llegado hasta nosotros el relato de las campañas de Amenothes y de Thutmosis I. Sabemos únicamente, que Tuhtmosis llegó al Norte de Siria y erigió pilares triunfales á orillas del Eufrates. Este viaje de descubrimiento reguló el itinerario que debían seguir en adelante las tropas faraónicas en todas sus guerras, sin apartarse de él. Al salir de Egipto, iban sobre Rafia, y luego á Gaza, Ascalón, Ierza y Iuhmu. Era aquel el camino ordinario de las caravanas, que se extendía recto, dejando á la izquierda el puerto de Joppe y á la derecha los montes Amooceos. Aquella vía era peligrosa para un ejército. Los desfiladeros del Carmelo eran tan agrestes que los soldados tenían que pasarlos de uno en uno. Otro camino más largo pero menos arriesgado iba hacia la derecha, desembocando en la llanura de Iesveel y acabando detrás de Maggedo, población que abría ó cerraba á su gusto el paso á Celesiria, por lo cual fué el punto de reunión de las fuerzas cananeas y punto avanzado de los pueblos septentrionales con-

Los egipcios, después de ser dueños de Maggedo atravesaban el Thabor y las regiones montañosas que separan el Alto Jordán de la



Lucha de demonios caldeos. (Museo Británico.)

costa fenicia, seguían á lo largo del Nazana, y del Orontes, se inclinaban á la derecha y ganaban á Khalapu, y á Patin. Pocas horas de marcha les separaban de Gargamish.

Los pueblos situados á lo largo de este camino militar reconocieron la autoridad de los Faraones y fueron incorporados á los dominios: unos casi sin combatir; otros, con gran resistencia. Siria, Fenicia, Arabia y Etiopía nunca fueron provincias asimiladas á los nomos de Egipto, sino que conservaron sus antiguas leyes, sus costumbres, sus dinastías, constituyendo á modo de un imperio feudal cuyo soberano era el Faraón y cuyos grandes vasallos eran los jefes sirios ó negros. Estos debían homenage al soberano, le pagaban tributo, concedían á sus tropas la entrada en los territorios y la negaban á los enemigos. Eran vigilados por guarniciones egipcias colocadas en las fortalezas principales, y las inspeccionaban de cuando en cuando enviados del Faraón; pero, en resumen, mandaban á aquellos príncipes en sus naciones, pudiendo guerrar unos con otros, firmar paces, contraer alianzas y arreglar á su gusto los asuntos interiores, sin que se opusiera el soberano. Esta organización no era muy sólida.



Sacrificio caldeo.—Los sacerdotes escoltados por divinidades infernales (Museo Británico.)

tra los ataques del Mediodía. Una victoria ganada junto á sus murallas daba toda Palestina al vencedor.

da, y mientras subsistía el recuerdo de las derrotas sufridas, los jefes permanecían fieles á sus promesas, pero la muerte del soberano reinante, el advenimiento de otro más joven, un fracaso sufrido por los generales egipcios, cualquier suceso, bastaba para provocar una revuelta, y se formaba una coalición en algunos puntos del territorio. En una ó dos batallas los egipcios acababan con ella y los aliados se desbandaban para atrincherarse cada cual en su castillo. Los egipcios tenían que sitiar á cada jefe para vencerle, y aunque apelaban á medidas de rigor, saqueando campiñas, robando rebaños, arrasando fortalezas, pasándolo todo á sangre y fuego, esclavizando á tribus enteras, matando á los príncipes, renacía



Cilindro-sello de Arach.

obstinada la rebelión en cuanto veían los pueblos la menor señal de debilidad en sus soberanos egipcios. De todos los hijos de Thutmosis I, sólo vivió su hija Hatshopsositu. Poco tiempo antes de fallecer, la coronó reina y la casó con su hijo Thutmosis II, cuya madre era una de las mujeres de su harén. El reinado de Thutmosis II duró pocos años, y no lo señaló ningún suceso de importancia. Algunas expediciones contra sirios y negros confirmaron su supremacía sobre Asia y Etiopía. Las tribus de Arabia parece que se resignaron al fin á perder su libertad, y su país, dividido en nomos como Egipto, se constituyó en virreinato, confiándolo al principio á grandes funcionarios y destinándolo al heredero del trono, al cual se daba el título de príncipe de Kush. A veces era honorario el título, y el príncipe no se separaba de su padre, dejando la administración á un lugarteniente nombrado por él.

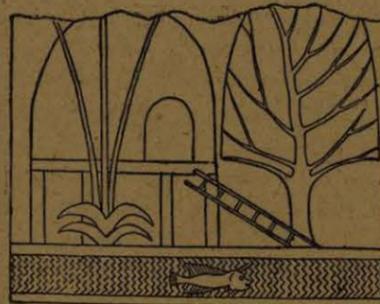
La reina Hatshopsositu poseía, como heredera de su madre y abuela, derechos superiores á los de su padre y su marido. Para la nación, era la heredera legítima del trono, y la repre-

sentante directa de las dinastías antiguas, y su autoridad consagrada por el jefe de la familia, se acrecentó durante la vida de Thutmosis II. Este no tuvo de ella más que hijas (una de las cuales era la heredera oficial); pero tenía un hijo varón habido de su concubina Isis, llamado Thutmosis, y destinado al sacerdocio, en el templo de Amón tebano. Antes de morir, asoció solemnemente al trono á aquel hijo semilegítimo, bajo la tuleta de su esposa. Esta le casó con su hija Hatshopsnitu Mariri, pero le dejó sólo la apariencia del poder, conservándolo ella en realidad.

Edificó y dedicó templos, ofreció el sacrificio real, decidió la paz y la guerra, y hasta se mandó representar vestida de hombre con la barba postiza de los soberanos. Supo conservar intacto el dominio sobre los pueblos de Norte y Sur, recibió tributos de Siria, reanudó la explotación de las minas del Sinaí y exploró el Tountir, que confinaba con el Puanit y abarcaba las regiones desconocidas al SE. de Egipto, en las costas de Africa y Arabia. La reina madre quiso conocer aquella tierra y traer directamente de ella por el mar, maderas de lujo, marfil, gomas, perfumes, plata, lapizlázuli y pedrerías. Envió al Mar Rojo una escuadra de cinco buques, que arribaron afortunadamente á las *Escalas del Incienso*; en el llamado País de los Aromas, cerca del cabo Guardafui. Los egipcios al desembarcar armaron una tienda, para hacer cambio de sus mercancías por los productos del país. Los indígenas pertenecían á la misma raza que los kushitas de Arabia Meridional y Nubia. Su jefe, llamado Parihu, llevaba el *bomerang* en la mano, el puñal en el cinturón y un collar de vidrio al cuello. La pierna derecha estaba cubierta de anillos de metal amarillo, que probablemente sería oro. Su mujer Ati y su hija eran tan gordas y fofas que parecían montones de carne colgante. Las principales condiciones del mercado se regularon en un banquete, donde se sirvieron á los bárbaros todas las exquisiteces de la cocina egipcia. Los enviados recibieron de ellos treinta y dos arbolillos de alcanfor, colocados en cestas, con tierra. La reina los plantó luego en sus jardines de Tebas, lo cual, me parece que fué el primer ensayo conocido de aclimatación en el mundo. Esta expedición se llevó á cabo el año IX del reinado oficial de Thutmo-

sis III. La reina regente murió el año XX, y su hijastro, que ya era mayor de edad hacía tiempo, ocupó solo el trono.

En cuanto poseyó el poder real, se lanzó á



Vivienda de los habitantes de Puanit, construida sobre estacas en la orilla del mar. Junto á ella, hay una palmera y un árbol del incienso.

guerras de conquista y á expediciones lejanas. Empezó por dirigirse al país de los rotou, en Siria, que estaba siempre revuelto. Thutmosis III reunió su ejército y, llegado á Gaza, celebró allí el aniversario de su coronación, inaugurando el año XXIII de su reinado. Siguió su camino lentamente, y cuando supo que el príncipe de Qodshu había entrado en Maggedo, donde se fortificaba, lo comunicó á sus generales, algunos de los cuales opinaron dar la vuelta por los senderos de Zafiti, para evitar los peligrosos desfiladeros de Aruna. El rey rechazó indignado un consejo que le parecía propio de cobardes, y los jefes todos juraron seguirle por donde los llevara. A los tres días de marchas forzadas llegaron á Aruna, y después de atravesar sin obstáculos la garganta, acamparon á orillas del Kina, frente al enemigo, aguardando el día.

Al amanecer, el ejército egipcio se colocó en orden de batalla. El ala derecha se apoyaba en el torrente, y la izquierda se extendía por la llanura, hasta el NO. de Maggedo, para rechazar al enemigo hasta la ciudad. El rey estaba en el centro. Los sirios, batidos al poco tiempo, y sobrecogidos de pánico, abandonaron carros y caballos y huyeron hacia Maggedo, pero la guarnición, temerosa de que entrasen también los egipcios, cerró las puertas, permitiendo sólo á los generales subir á los muros agarrados á cuerdas. La codicia de los egipcios salvó á los vencidos: no hubo más que 83 muertos y 140 prisioneros, pero en el campo de batalla se recogieron 2.132 caballos, 994 carros y todo el botín abandonado en la derrota por los asiáti-

cos. Por la tarde, el ejército victorioso desfiló por delante de Thutmosis, poniendo á sus pies los despojos; pero el rey les dijo que mejor habrían hecho en tomar á Maggedo. Sitiada esta plaza, se rindió pronto, acabándose la campaña, y aviniéndose los jefes sirios á pagar tributo y jurar fidelidad.

Tres expediciones sucesivas, del año XXIV al XXVIII, completaron la sumisión de Siria y Fenicia meridionales. El año XXIX estaba Thutmosis en el corazón del Naharanna, entre el Eufrates y el Orontes. Tunipu, Gargamich y los distritos al Oeste de Khalupu, fueron saqueados concienzudamente para mayor gloria de Amón tebano. Cuanto había en el tesoro de los príncipes hittitas pasó á las arcas de este dios. Volvía contento el rey á Egipto, cuando se enteró de que el Zahi, plaza situada fuera de las vías militares, era presa fácil y de rico botín, por estar llena de trigo, vino y frutas. Se dirigió al Este y cayó sobre el territorio de Arad. Aquello fué un saqueo más que una guerra en regla. La ciudad se salvó por su foso de mar, pero fueron destruidas las cosechas, despojados sus huertos, arrebatados sus ganados y quemado todo el Zahi. Tal fué la abundancia en el campamento del vencedor, que los soldados pudieron usar aceite de oliva todos los días, lujo que los egipcios no se daban más que en los días feriados. Reaparecieron al año siguiente los egipcios con igual éxito y Godshu, Simyra, las dos Arad, y los pueblos de Nisrua cayeron sucesivamente y los jefes entregaron á sus hijos en rehenes. La campaña se prolongó hasta el año XXI y el rey celebró el aniversario de su advenimiento al trono contando el botín tomado al enemigo. Además del tributo anual, se comprometie-



Habitantes de Puanit saludando á los egipcios. A la derecha, el rey Parihu, luego su esposa Ati, sus dos hijos, una hija, el casno que lleva á la mujer, y dos criados.

ron los jefes de los rotous á abastecer todas las estaciones adonde llegaban Faraón y su ejército. A los dos años le tocó el turno al Naharanna. El príncipe de los hittitas se defendió

lo que pudo, pero la suerte no le fué propicia. Thutmosis III venció y persiguió á los asiáticos, y para eternizar el recuerdo de sus victorias, erigió dos pilares. A la vuelta se apoderó de Nii y señaló su estancia en la población con un episodio curioso. Era costumbre y deber de los reyes egipcios destruir las bestias feroces, tanto es así que Amenotnes III se jactó de haber matado personalmente ciento doce leones en sus diez últimos años de reinado. Thutmosis III mató en Nii 120 elefantes. Todos los pueblos de Siria se inclinaron uno tras otro ante el poder irresistible del Faraón, y sus revueltas repetidas no consiguieron otra cosa que hacer más pesado el yugo. Cerca de Ahmna fué disuelta, después de sangrienta batalla, una coalición á cuyo frente figuró, el año xxxvii, el príncipe de Naharanna. Al año siguiente se rindió la ciudad de Ono-Gasú. El año xli, sufrió Celesiria el peso de la guerra. Por último, fué sitiada Qodshu el año xlii y su jefe recurrió en vano á las astucias que autorizaba para la defensa la estrategia de aquella época. Hizo salir una yegua de la población, y la lanzó á través de las filas egipcias para desordenarlas. Amenemhabi, escudero del rey, se precipitó al encuentro del animal furioso, lo derribó de una estocada y ofreció la cola á su amo, como trofeo. Qodshu fué tomada por asalto, y entregada al furor de los soldados.

En Etiopía apenas había año en que el virrey no hiciera alguna expedición contra los Oaouitus. Las tribus del Alto Nilo, acostumbradas de antiguo á temblar ante el Faraón, huían á la menor alarma y se refugiaban en los matorrales, en las montañas ó en los pantanos. Se ocupaban los pueblos desiertos, se quemaban las cabañas, se cautivaban algunos prisioneros, se recogían los rebaños y los objetos preciosos, maderas de ornamentación, pieles, polvo y barras de oro, vasijas de metal, plumas de avestruz, y luego se volvía triunfalmente á Egipto después de algunas semanas de fácil bandidaje. Al Sur y al Norte, el largo reinado de Thutmosis III, fué una serie de guerras afortunadas, por lo cual se le llamó el Grande. Legó á sus sucesores un mundo egipcio mucho más extenso que antes y después de su tiempo. Nada de extraño tiene que sus proezas inspiraran ditirambos á los poetas de la corte.

Tantos triunfos impresionaron extraordinariamente la imaginación del pueblo, que

convirtió á Thutmosis III en héroe de novela, como lo había hecho antes con Kheops y Ousirtasen I. No ha llegado hasta nosotros más que una de las innumerables leyendas que acerca de él circulaban á los pocos siglos de morir. Habiéndose rebelado el príncipe de Joppe, no se dignó Faraón salir contra él, sino que envió á combatirle al valiente general Thutii. Este atrajo al príncipe á su campamento, so pretexto de enseñarle la vara mágica del rey, y lo mató, pero como no era bastante deshacerse de él, y se necesitaba apoderarse de la ciudad, Thutii encerró en tinajas á 500 soldados, los transportó junto á los muros, y obligó al escudero del príncipe á declarar que los egipcios habían sido derrotados y que allí iba su general prisionero. Lo creyeron los sitiados, abrieron las puertas, y entonces salieron los soldados de las tinajas, y se apoderaron de la población. Ya en el tiempo de la dinastía xx, se atribuían á Thutmosis III todas las guerras, hazañas y victorias que habían engrandecido á Egipto. Más adelante fué su fama borrada por la de Ramsés II, y su nombre desapareció de tal modo de la memoria de los hombres, que no



Cabeza de una estatua de Thutmosis III.

se le conocería, si nuestros contemporáneos no hubieran ido á las ruinas á descifrarlo.

Murió después de reinar cincuenta y cinco años, y fué sepultado en Tebas por su hijo Amenotnes II. Los jefes sirios creyeron oportuna la ocasión para rebelarse, pero el castigo fué tan completo como rápido. Amenotnes devastó los distritos del Alto Jordán, atravesó el Orontes y trató de reconocer las cercanías de Anato, poniendo en fuga á los jinetes asiáticos que quisieron impedirselo. Luego se presentó ante Nii, que se rindió sin combatir. Otras plazas, como Akiti, sostuvieron largo sitio antes de ceder. Sofocada la rebelión, volvió el Faraón triunfalmente al valle. Había vencido personalmente á siete jefes del país de Takhisia, y en su viaje á Tebas los llevaba atados en la proa de la embarcación. Seis de ellos fueron sacrificados solemnemente delante de Amón, y sus cabezas y manos expuestas en los muros del templo de Karnak. El sépti-

mo fué llevado á Nepata y tratado del mismo modo, para servir de ejemplo á los príncipes etíopes y enseñarles á respetar la autoridad del soberano. Una insurrección de las tribus que vivían en el desierto y en los oasis á Oriente de Egipto, fué reprimida por Amenemhabi, que desempeñaba cerca de Amenotnes las mismas funciones de escudero que con Thutmosis III. Thutmosis IV, hijo de Amenotnes, emprendió expediciones afortunadas por Siria y Etiopía. En tiempo de Amenotnes III, sucesor de Thutmosis IV, los límites del dominio egipcio estaban fijados en el Eufrates, al Norte, y al Sur hacia el país de los Gallas. Los reyezuelos sirios, antes tan turbulentos, estaban resignados á su suerte y ofrecían sus hijas al harem del Faraón. Parecía terminada la conquista, á lo menos en Asia, y la correspondencia de los príncipes vasallos con los gobernantes egipcios no contenía más que protestas de abnegación y noticias de bandidajes sin importancia. Las guerras no eran más que cazas de esclavos, emprendidas para reforzar la población obrera y para atender á las construcciones del amo.

Los primeros reyes de la dinastía XVIII, Ahmosis y Amenotnes I habían hecho bastante con expulsar á los Pastores y reorganizar el gobierno. Se limitaron á abrir las canteras cercanas á Memfis y á restaurar los templos que más habían padecido durante la invasión y la guerra de la independencia. Thutmosis I, al volver de su expedición á Asia, empleó como albañiles á los muchos prisioneros que llevaba consigo, y empezó trabajos, proseguidos sin interrupción por sus sucesores. Todo el valle del Nilo se cubrió de monumentos, y Nubia, también. En Napata fundó Amenotnes III un templo soberbio, cuyas avenidas tienen á ambos lados, carneros acurrucados, á manera de esfinges, y embelleció el edificio erigido por Thutmosis III en Soleb. Thutmosis III restauró el santuario consagrado á Semneh por Usirtasen III, y construyó cerca de Amada un templo á Ra. En Elefantina, Ombo, Esneh, Denderah, Coptos, Abidos, Memfis y Heliópolis, quedan todavía huellas de la actividad de los Faraones de la dinastía XVIII. Tanis, desmantelada por Ahmosis, fué la única olvidada por sus sucesores.

En tiempo de los reyes memfitas no era Tebas más que una ciudad de provincia sin más

monumento importante que una capilla destinada á Amón, Mut y Khonsu. En la otra orilla se erguan las pirámides funerarias de los príncipes locales y las tumbas de sus súbditos. Los reyes de la dinastía XII embellecieron su capital, y la obra más importante fué el soberbio templo de Karnak, empezado por Usirtasen I y continuado por los Amenemhait II y III, Thutmosis I, Thutmosis II, Hatshopsu-tu, Thutmosis III y Amenotnes III, que fundó otro al Sur de Karnak y lo consagró al culto de Amón. En la orilla izquierda del Nilo



Estatua de Thutmosis III.

se ejerció libremente la actividad de los soberanos de la dinastía XVIII. Frente al templo, hoy derruido, de Amenotnes III, había dos estatuas colosales, una de las cuales se rompió en un terremoto del año 27 antes de J. C. La parte superior se desprendió y se hizo pedazos al caer, y la parte inferior quedó como estaba. Pronto se esparció el rumor de que brotaban del zócalo, al salir el sol, sonidos semejantes al de las cuerdas de una lira ó de un arpa, al romperse. Acudieron viajeros y circuló la leyenda maravillosa de boca en boca. A pesar del testimonio de los habitantes de Tebas, los griegos se negaron á considerar la estatua vocal como una representación enorme del Faraón Amenotnes III. Decían que era un retrato de Memnón el etíope, hijo de Titón y de la Auro-